



La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas sobre la Ciudad de México*

RESEÑADO POR ANGELA GIGLIA**

Quienes trabajamos sobre la ciudad sabemos que puede ser leída desde diferentes puntos de vista. Hay quienes se ocupan de la producción del espacio y de las formas de urbanización; otros privilegian las representaciones y el imaginario compartido; algunos más estudian la participación ciudadana y las condiciones de la gobernabilidad. En el libro *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas sobre la Ciudad de México*, se intenta mirar la ciudad a partir de algunos de sus lugares, como dice el título. Se trata en especial de lugares para el encuentro, para el intercambio comercial, el esparcimiento o, simplemente, de sitios compartidos, como son los espacios comunes en las unidades habitacionales. En la introducción se define a los lugares no como “islas solitarias” sino más bien como “pequeños núcleos de redes, topográficas y conceptuales que coexisten desarrollando narrativas e imágenes que las complementan u oponen” (p. 9). Los autores comparten la idea de considerar al lugar como un producto social, que incluye “un lenguaje particular, una ritualización especí-

fica, un sistema o red conceptual en el que se inserta y que de él participa para tener sentido; una jerarquización interna; una demarcación”. Y, finalmente, los lugares “condensan una biografía e historia activamente construidas por quienes la conforman” (p. 10).

La variedad de lugares examinados es muy grande: la peluquería, como sitio de la puesta en escena de la masculinidad; el bosque de Chapultepec, los salones de baile; los locales de música rock o de encuentro para los gays; el mercado de Sonora donde se buscan y se hallan soluciones mágicas para los problemas cotidianos; los centros comerciales como ámbitos de acercamiento y de aprendizaje de la modernidad y de la globalización. Pese a su innegable diversidad, todos estos territorios tienen en común el hecho de ser espacios caracterizados por determinadas formas de sociabilidad, entendidas como formas de “estar juntos” y compartir experiencias. En cada uno de ellos, además, se generan, se reproducen y se transforman diferentes representaciones de la ciudad y de sus habitantes. Me parece que este es

un elemento distintivo de la mayoría de los trabajos, que se pueden leer como otros tantos estudios sobre las maneras de convivir, un arte cada vez más difícil en una ciudad donde los factores que tienden a separar y a dividir son muy fuertes y presentes.

Las trece ventanas etnográficas se enfocan a estudiar espacios donde las personas van para encontrarse según formas previstas (y previsibles) de relaciones. Considero que estas relaciones, e interacciones, que aparentemente son muy diversas, en el fondo tienen algo en común y se refiere justamente a la manera de estar juntos y de ser sociables en una gran ciudad. Por lo tanto, he intentado leer los artículos buscando lo que nos permita establecer este fondo común de sociabilidad, cuyo aspecto particular es para mí el hecho de ser una sociabilidad urbana, esto es, una forma del ser sociable que se vincula estrechamente con la ciudad.

Partimos de definir a la sociabilidad como “la disposición genérica del ser humano para entablar con los demás algún tipo de relación social” (Gallino, 1993). Se trata de un fenómeno que es universal, aun cuando sus formas concretas difieren de una sociedad a otra. Preguntarnos qué tiene de específico la sociabilidad urbana nos facilita abordar la experiencia de la ciudad desde una perspectiva al mismo tiempo situacional y relacional, es decir, mediante un enfoque anclado en el análisis de los intercambios y las interacciones en coyunturas situacionales concretas. Así, la investigación en torno a lo imaginario y lo simbólico queda vinculada a las modalidades concretas de compartir el espacio y la experiencia.

* Abilio Vergara, Amparo Sevilla y Miguel Ángel Aguilar, coords., *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas sobre la Ciudad de México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Autónoma Metropolitana/Porrúa, México, 2001.

** Profesora investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

Vale la pena preguntarse: ¿qué tipo de sociabilidad es la que encontramos en los salones de baile, en el mercado de Sonora, en la peluquería, en el parque de Chapultepec, en los centros comerciales y en muchos otros de los lugares estudiados? Existe un modo determinado de estrechar vínculos y relacionarse con los demás, en una ciudad como ésta? ¿Qué tienen en común —en sus formas de relacionarse— los que van al baile y los que frecuentan los antros gay, los que salen de paseo a Chapultepec y los que se citan en el billar?

Todos ellos acuden a sitios donde ponen en escena una faceta de su identidad, asociada con ciertas prácticas propias del lugar, a veces estrictamente codificadas y repetitivas. Lo que tienen en común estas

maneras de relacionarse es que todas son parciales, efímeras o temporales, y todas se caracterizan por cierta dosis de libertad, que se concreta en la posibilidad de elegir la relación o no elegirla, y de llevarla o no a una esfera más personal. Se puede llegar a “ligar” con el compañero de baile, pero se puede no hacerlo. Es posible platicar con el amigo de la peluquería y hacer bromas sobre quien es el “más hombre”, pero no se le invita a la casa para que conozca a la esposa y a las hijas. Es permitido simpatizar con alguien en el parque, pero esto no quiere decir que se le convide a la fiesta de los niños.

En suma, se trata de relaciones que, de preferencia, se quedan en los espacios destinados a ellas, lugares públicos, de los cuales per-

manece excluida la llamada “esfera privada”. Al entrar a estos sitios se elige hasta dónde se va a intimar con los demás. Y casi siempre se escoge un tipo de relación que limita el ámbito de lo compartible a una o pocas esferas de la identidad. En resumen, son interacciones entre personas que no se conocen y, sin embargo, pueden interactuar entre sí sobre la base de un marco común; o bien son interacciones entre personas que sí se conocen y, pese a ello, limitan este conocimiento, lo detienen antes de la entrada en lo privado.

Este carácter parcial y temporal de las relaciones tiene que ver con el hecho de que estamos en una megalópolis. Al salir del salón o del antro, nos precipitamos otra vez en el anonimato. Esta sociabilidad, propiamente urbana, se manifiesta en el ser capaz de combinar el reconocimiento del otro con la reserva y el distanciamiento; en la capacidad de tratar a lo desconocido como si fuera como uno y a lo conocido como si fuera otro. En las relaciones típicamente urbanas tenemos esa mezcla *sui generis* de lejanía y proximidad, de interés e indiferencia, que hace posible la convivencia pacífica de seres diferentes, o de seres parecidos, pero sólo parcialmente: sujetos que comparten sólo uno o dos aspectos de su identidad, el amor por el baile, la preferencia sexual, la edad adolescente, etcétera.

Las etnografías presentadas tienen el mérito de recordarnos que existen todavía un sinnúmero de espacios públicos regidos por formas de compartir específicas, y que estas maneras de convivencia, aunque sumamente variadas y diferenciadas, se hallan todas acomodadas por esta ambigüedad fundamental, que es en realidad una complejidad propia de las relaciones modernas, cuyo elemento central es la libertad de elección, el poder rechazar o no la relación, el ser capaz de llevarla o no a un nivel más íntimo, en sín-



tesis, el considerar a la relación misma como algo no estático ni eterno, sino intrínsecamente sometible a discusión (Joseph, 1988).

Estas relaciones, que son inherentes a los lugares públicos, por contraste nos ayudan a entender la naturaleza de las relaciones peculiares de los lugares privados, los hogares, donde rigen relaciones estables, no efímeras sino duraderas, no adquiridas o elegidas, sino adscritas, dentro de las cuales hemos nacido, y no hay remedio para ello. No podemos escoger de quién ser hijos, pero sí podemos seleccionar quiénes son nuestros amigos y dónde encontrar nuestras amistades.

Las etnografías aportan nuevos detalles para la comprensión de esta diferencia fundamental entre la naturaleza de lo público y la de lo privado. Todo lo que pasa en los lugares examinados—en cuanto espacios públicos— es de un orden distinto a lo que sucede en la casa, en el ámbito de las relaciones familiares (que al contrario son totales, no efímeras sino persistentes, no segmentarias sino completas). Lo vemos cuando las adolescentes llegan al centro comercial y se disfrazan, se pintan la cara, se cambian la ropa, dando paso a una metamorfosis que se asocia al hacer cosas a las que no tienen acceso en su casa. En los mismos centros comerciales, los adultos no se ocupan de lo que hacen los adolescentes, pueden llegar juntos pero ahí se separan y cada quien es libre de no ver lo que hace el otro. Como en un pacto de mutua indiferencia, los adultos no se preocupan por cuidar a los adolescentes, es como si suspendieran su función familiar—privada— y se instalaran en el ámbito de lo público, donde una mayor autonomía es posible.

El mérito principal de estas etnografías consiste en que nos hacen ver que la dicotomía público/privado no está lista todavía para

ser definitivamente rechazada, porque sigue marcando un parte aguas entre diferentes esferas de la experiencia. Y además nos muestra a los espacios públicos urbanos como unos donde todavía es posible cierta libertad y el individuo puede separarse de sus identidades más firmes, las identidades adscritas, y tiene la opción de escoger—por una tarde o una noche, una o dos veces a la semana— una identidad adquirida, elegida entre muchas otras identidades posibles.

Cabe preguntar si es que los lugares elegidos son urbanos, esto es, ¿qué tienen que los singulariza como tales? Si todos son urbanos es porque difícilmente podrían ser los mismos estando fuera de la megaciudad. Se trata de sitios cuya existencia se encuentra en ciertos casos estrictamente vinculada con la vida de la ciudad. A veces representan un pedazo de su historia, o simplemente no serían imaginables sin las condiciones propias de la experiencia de la megaciudad, que ofrece la posibilidad del anonimato y de una mayor independencia con respecto a una pequeña ciudad de provincia. Podemos pensar a la población gay desplazarse hasta calzada de Zaragoza para ir a la Lili, pero difícilmente podríamos imaginar ese mismo lugar en una población mucho más pequeña, donde los frecuentadores, al llegar desde muy cerca, serían inmediatamente reconocidos por los habitantes del barrio.

Podemos usar el libro también como un exhorto a la reflexión sobre el espacio público en la Ciudad de México y sus transformaciones. Se nos presentan territorios públicos de libre acceso, como el bosque y el mercados de Sonora, espacios públicos-públicos donde el libre tránsito es posible, espacios que pueden ser atravesados sin pagar la entrada. Muchos son sitios que pertenecen a la categoría de los

“lugares públicos”, espacios cuyo uso es abierto al público pero sólo tras el pago de una entrada. Éstos pertenecen a un dueño, como es el caso de los antros, de los salones de baile, la Lili, el Alicia. Un estatuto distinto es el de los centros comerciales, que también tienen un dueño (más difícil de ubicar), pero donde no se paga por entrar (pero sí por estacionar el coche) y donde el acceso es en buena medida restringido a aquéllos que llegan en auto. Otro estatuto es el de los espacios comunes dentro de las unidades habitacionales, cuyo acceso se encuentra limitado a los residentes.

Aun considerando sus diversidades, vale la pena subrayar el carácter público (o semipúblico) de estos espacios, sobre todo si pensamos que en los últimos años en la Ciudad de México el ámbito público, como sede de la coexistencia de lo diferente y de lo extraño, de apertura hacia lo nuevo, de la coexistencia posible a partir de ciertas reglas conocidas y reconocidas por todos, ha ido perdiendo relevancia en favor de un tipo de sitios donde se afirman procesos de signo contrario. Me refiero a la proliferación de espacios separados, segregados, monofuncionales, pensados para usos homogéneos, a veces cerrados mediante dispositivos de vigilancia.

Pese a que algunos de los lugares examinados responden a estas características, de ser relativamente cerrados, donde hay que pagar para entrar y donde se acude para hacer algo específico, el hecho de estar cerrados, de pagar un boleto de ingreso o de recibir públicos homogéneos no los hace menos propicios para el encuentro, al contrario. Las etnografías que se ofrecen en el libro son valiosas porque logran demostrar cómo la misma homogeneidad funcional de los lugares de encuentro es más bien una uniformidad relativa, ya que en el interior de cada uno de ellos se da una

diversidad de prácticas, estilos y usos posibles. El reconocimiento entre parecidos no impide del todo el encuentro con lo imprevisto.

Por todas estas razones *La ciudad desde sus lugares* es una lectura alentadora para los que trabajamos sobre las transformaciones del espacio público en la Ciudad de México, porque nos hace ver que todavía son muchos los lugares donde es posible convivir civilizadamente y, sobre todo, que la mayoría de ellos posee una vitalidad propia que ha hecho que resistan frente a múltiples dificultades.

El recorrido por los lugares urbanos es muy amplio. Sin embargo, aun cuando nos brinda una gama representativa de sitios y de problemas vinculados con la sociabilidad y los símbolos asociados al espacio público, el libro no logra agotar el abanico de los ámbitos de sociabilidad más típicos de la Ciudad de México —ni hubiera podido hacerlo en un solo volumen—. Quisiera enumerar aquí sólo algunos de los huecos, con la intención de sugerir pistas para estudios futuros.

Faltó el estudio del transporte, como una experiencia fundamental

para los habitantes de la Ciudad de México, que se concreta en múltiples lugares emblemáticos: las centrales camioneras, los nudos de tránsito del metro, las combis y los autobuses. Consciente de esta ausencia, Abilio Vergara menciona en su presentación a los espacios de los flujos como un ámbito que queda por explorar. Faltaron también los lugares donde se encuentran los sectores pudientes, los sitios exclusivos, donde sólo pocos pueden entrar. Los restaurantes donde se arreglan y se celebran los grandes negocios, los clubes restringidos a los miembros y a sus amigos, las discotecas frecuentadas por los hijos de los empresarios y de los políticos, esos lugares que aparecen en las páginas de sociales del periódico, desde las cuales nos sonríen hombres y mujeres bien vestidos y despreocupados frente al ojo de la cámara. Esta última ausencia me parece que es importante, porque puede leerse como el síntoma de una tendencia persistente de la mirada antropológica por ocuparse preferentemente de lo que aparece como marginal o en vía de extinción. Todavía no se ha hecho un esfuerzo

sistemático por estudiar antropológicamente los lugares del poder, allí donde se encuentran y conviven los que dirigen al país. Sin embargo, cabe destacar también el intento por comprender ciertos lugares totalmente inéditos para el ojo antropológico, por ejemplo los centros comerciales, en los que las marcas y las tiendas globalizadas se imponen al público de los consumidores mexicanos, generando usos propios, caracterizados por una especificidad que se ubica del lado de la recepción y de los estilos de consumo.

Bibliografía

- GALLINO, LUCIANO
1993 *Diccionario de Sociología*, Siglo XXI, México.
- GIGLIA, ANGELA
2001 "Sociabilidad y megaciudades", en *Estudios Sociológicos*, septiembre-diciembre.
- GIGLIA, ANGELA, COORD.
2001 *La nueva segregación urbana*, número monográfico, de *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 19, diciembre.
- JOSEPH, ISAAC
1988 *El transeúnte y el espacio urbano*, Gedisa, Barcelona.